

# De la memoria colectiva a las nuevas ecologías de la memoria: derroteros en la investigación sobre memoria, medios y tecnologías de la comunicación

## From collective memory to new ecologies of memory: defeats in research on memory, media and communication technologies

Janny Amaya Trujillo  
Universidad de Guadalajara  
Guadalajara, México  
E-mail: [jannyamaya@suv.udg.mx](mailto:jannyamaya@suv.udg.mx)

Ana Lidia García Hernández  
Universidad de Guadalajara.  
Guadalajara, México  
E-mail: [analidia2502@gmail.com](mailto:analidia2502@gmail.com)

**Cómo citar este artículo:** Trujillo Amaya-J., García Hernández A.L. (2017). De la memoria colectiva a las nuevas ecologías de la memoria: derroteros en la investigación sobre memoria, medios y tecnologías de la comunicación. *Comhumanitas: Revista Científica de Comunicación*, 8(2), 1-21.

### Resumen

Los acercamientos teóricos y conceptuales a la relación entre memoria y medios de comunicación han gravitado, tradicionalmente, en torno a la preocupación sobre el papel de los medios masivos en la propuesta y circulación pública de representaciones hegemónicas del pasado y, por lo tanto, en su rol de “meta- agentes de la memoria”, capaces de producir, concentrar y remediar discursos sobre el pasado (Neiger, Meyers y Zandberg, 2011, p.p. 7-13). Durante varias décadas, la noción de “comunicación de masas” y los paradigmas teóricos asociados a ella ha sido uno de los núcleos básicos en el análisis de estas relaciones.

Sin embargo, en buena medida, la historia de la memoria puede entenderse también como la historia de sus medios (Erl, 2011, p. 119). Actualmente, la amplia difusión de tecnologías digitales y en red han traído cambios radicales en cuanto a las posibilidades para el registro, el acceso, la transferencia y la circulación de contenidos, cuestiones que afectan directamente los procesos de la memoria y el olvido a nivel social. Las transformaciones evidenciadas en el ecosistema

**comunicativo contemporáneo han producido diferencias no sólo en la praxis social del recuerdo, sino también en los modos de pensar y abordar conceptualmente la relación entre medios y memoria (Garde-Hansen, Hoskins y Reading, 2009, p.14).**

**En este trabajo, procuramos dar cuenta, precisamente, de esos cambios. A partir de una revisión de la literatura sobre este tema, intentamos dar respuesta a las siguientes interrogantes: ¿cómo se ha abordado la relación entre memoria y medios de comunicación de masas? ¿qué diferencias introduce la digitalización y la Web 2.0 en las dinámicas de producción y circulación social de la memoria? ¿Qué nuevas conceptualizaciones y enfoques emergen en este contexto?**

**Palabras clave: Memoria, comunicación, nuevas ecologías de la memoria**

## **Abstract**

**The theoretical and conceptual approaches to the relationship between memory and the media have traditionally gravitated around the concern about the role of the mass media in the proposal and public circulation of hegemonic representations of the past and, therefore, in their role as “meta-agents of memory”, capable of producing, concentrating, and remedying discourses about the past (Neiger, Meyers and Zandberg, 2011, pp. 7-13). For several decades, the notion of “mass communication” - and the theoretical paradigms associated with it - has been one of the main cores in the analysis of these relations.**

**However, to a large extent, the history of memory can also be understood as the history of its means (Erll, 2011, p. 119). At present, the widespread diffusion of digital and networked technologies has brought radical changes in the possibilities for registration, access, transfer and circulation of content, issues that directly affect memory processes and social forgetfulness. The transformations evidenced in the contemporary communicative ecosystem have produced differences not only in the social praxis of memory, but also in modes of thinking and conceptually addressing the relationship between media and memory (Garde-Hansen, Hoskins and Reading, 2009, p.14).**

**In this paper, we try to account precisely for these changes. Based on a review of the literature on this subject, we try to answer the following questions: how has the relationship between memory and mass media? What differences does digitization and Web 2.0 introduce in the dynamics of production and social circulation of memory? What new conceptualizations and approaches emerge in this context?**

**Keywords: Memory, communication, new ecologies of memory**

*Recibido: 16 de octubre de 2017*

*Aceptado: 20 de enero de 2018*

## **1. Introducción**

Durante los últimos años se ha producido un interés creciente por la memoria que se manifiesta tanto en la eclosión de prácticas sociales diversas, orientadas a la

recuperación y la (re)construcción del pasado, como en la articulación de un ámbito de estudios interdisciplinario que toma como objeto de análisis los modos en que individuos, grupos y sociedades se relacionan con- y producen sentidos sobre- su pasado.

Existen diversas hipótesis que han procurado explicar las razones de este “boom de la memoria” (Huysen, 2002), de este renovado interés por el pasado. Por ejemplo, autores como Kansteiner (2007, p. 31) han vinculado este fenómeno con las incertidumbres en términos de pertenencia e identidad colectiva surgidas en el contexto posterior a la Guerra Fría, con la necesidad de alcanzar consenso social en torno a episodios o sucesos violentos como guerras y genocidios, y con el impacto social del desarrollo acelerado de las tecnologías de la comunicación. Por otra parte, Erll (2011, p.p. 4-5), coincide en atribuir la actualidad transnacional del tema- en contextos académicos y extra académicos- a procesos históricos de transformación social, como el fin de la Guerra Fría, la creciente multiculturalidad asociada a la aceleración de los movimientos migratorios, así como a la transformación de las tecnologías de los medios de comunicación.

Más allá de estas distintas hipótesis, resulta evidente que “la praxis del recuerdo y la reflexión en torno a ella se han convertido en la transición de un milenio a otro, en un fenómeno sociocultural abarcador, interdisciplinario e internacional” (Erll, 2011, p. 1). En el ámbito académico, se ha estructurado un área de estudios que, desde perspectivas teóricas y disciplinares muy diversas, se centra en el análisis de las prácticas y procesos mnemónicos. Se trata de una corriente de estudios que ha crecido de manera “exponencial” y que se caracteriza por sus “cualidades no paradigmáticas, transdisciplinarias y descentradas” (Olick, 2008, p. 26).

El surgimiento de los denominados *memory studies* (o estudios sobre la memoria) ha ido acompañada de una “profusión terminológica” (Kansteiner, 2007, p. 32). La memoria- afirma Beiner (2008, p. 107)-es un “término resbaladizo”, en torno al cual han proliferado conceptualizaciones diversas que intentan enfatizar en diferentes dimensiones o aristas de un amplio rango de fenómenos memoriales. Así, categorías como memoria social, memoria vernácula, memoria pública, memoria cultural, memoria comunicativa, o memoria mediática - por sólo mencionar algunos ejemplos- ilustran la multiplicidad de intereses y enfoques que convergen en este tipo de investigaciones.

No obstante, pese la fragmentación y dispersión de este ámbito de estudios, es posible reconocer en ellos una atención cada vez más evidente a la dimensión comunicativa de los procesos y prácticas de memoria. Este “giro hacia la comunicación” ha sido impulsado, en buena medida, por el reconocimiento- explícito o implícito- de la importancia de los medios y las tecnologías de la comunicación como instancias fundamentales en la construcción de la memoria. Como bien afirma Erll, a pesar de la heterogeneidad interna de este campo, en la investigación de la memoria desde una perspectiva social o cultural, “la pregunta por los medios de almacenamiento, comunicación, difusión e interpretación” ha ocupado un lugar central (Erll, 2011, p. 119).

Los acercamientos teóricos y conceptuales a la relación entre memoria y medios de comunicación han gravitado, tradicionalmente, en torno a la preocupación sobre el papel de los medios de comunicación masiva en la propuesta y puesta en circulación pública de representaciones hegemónicas del pasado y, por lo tanto, en su rol de “meta-agentes de la memoria”, capaces de producir, concentrar y remediar discursos sobre el pasado (Neiger, Meyers y Zandberg, 2011, p.p. 7-13). Durante varias décadas, la noción de “comunicación de masas”- y los paradigmas teóricos asociados a ella- ha sido uno de los núcleos básicos en el análisis de estas relaciones.

Sin embargo, en buena medida, la historia de la memoria puede entenderse también como la historia de sus medios (Erl, 2011, p. 119). Actualmente, la amplia difusión de tecnologías digitales y en red han traído cambios radicales en cuanto a las posibilidades para el registro, el acceso, la transferencia y la circulación de contenidos, cuestiones que afectan directamente los procesos de la memoria y el olvido a nivel social. Las transformaciones evidenciadas en el ecosistema comunicativo contemporáneo han producido diferencias no sólo en la praxis social del recuerdo, sino también en los modos de pensar y abordar conceptualmente la relación entre medios y memoria (Garde-Hansen, Hoskins y Reading, 2009, p.14).

En este trabajo, procuramos describir esos cambios. A partir de una revisión de la literatura sobre este tema, intentamos dar respuesta a las siguientes interrogantes: ¿cómo se ha abordado la relación entre memoria y medios de comunicación de masas? ¿qué diferencias introduce la digitalización y la Web 2.0 en las dinámicas de producción y circulación social de la memoria? ¿Qué conceptualizaciones y enfoques emergen en este contexto? Y ¿cómo construyen estos enfoques las relaciones entre memoria, medios y tecnologías de la comunicación?

El trabajo está estructurado en tres apartados. En el primero de ellos exponemos, en términos generales, algunos enclaves conceptuales fundamentales, desde los cuales se ha construido analíticamente la relación entre memoria y medios de comunicación de masas. En el segundo, intentamos describir algunas de las singularidades de la memoria en entornos digitales y en red, enfatizando en las tensiones que configuran la memoria en el ecosistema digital contemporáneo. En el tercer apartado, recuperamos algunas propuestas teórico- metodológicas que atienden a las singularidades de la memoria en estos entornos, y que pueden ser útiles para superar algunas de las dicotomías tradicionalmente predominantes en el estudio de la memoria.

## 2. Marco teórico

### 2.1. Memoria y medios de comunicación: coordenadas básicas de un territorio difuso

El interés por atender y conceptualizar las relaciones entre memoria y comunicación puede ubicarse, en sus orígenes, en los análisis sobre el papel de los medios de comunicación masiva en los fenómenos de recuerdo a nivel social. Desde ese enclave, se ha ido configurando durante las tres últimas décadas un área de investigación difusa, que reproduce las características de descentramiento y profusión terminológica descritas por Ollick (2008) y Kansteiner (2007) para el campo más general de los estudios sobre memoria. Sería imposible trazar en los marcos de este trabajo un recorrido exhaustivo por los derroteros teórico- conceptuales que han orientado la investigación sobre comunicación y memoria. No obstante, es factible reconocer algunas de las coordenadas fundamentales que han configurado esta área de estudios.

La categoría de “memoria colectiva” propuesta por el sociólogo francés Maurice Halbwachs (1877- 1945) ha constituido uno de los ejes teórico-conceptuales más recurrentes en el estudio de la memoria a nivel social, cuya influencia también se extiende a las primeras exploraciones acerca de las relaciones entre medios de comunicación y

memoria. Formulada a inicios del siglo XX, la propuesta Halbwachs (1925; 1950<sup>1</sup>) introdujo, en el ámbito de los estudios sociales, la noción de memoria no como fenómeno individual o puramente psicológico, sino como fenómeno relacional y social (Garde-Hansen, 2011, p. 19). Como destaca Erll (2008, p. 4), el concepto acuñado por Halbwachs procede de una “metáfora operativa”, en la que el concepto de recuerdo (como proceso cognitivo individual) es extrapolado al nivel social e individual para aludir a las relaciones con el pasado que surgen gracias a la interacción social. Su propuesta dejaba abiertas al menos, tres direcciones relacionadas, que serían retomadas en la investigación posterior sobre estos fenómenos: 1) el carácter socialmente condicionado del recuerdo individual; 2) las formas y las funciones de la memoria que se construye en la interacción entre diversas generaciones; y 3) los procesos de transmisión de la memoria en cuanto “saber cultural” (Erll, 2011, p.p. 18- 24).

Aunque la obra de Halbwachs permaneció prácticamente en el olvido durante varias décadas, fue retomada con fuerza en la investigación social y cultural a partir de la década de los '80 del pasado siglo. Algunos de sus presupuestos fundamentales fueron reapropiados y desarrollados en contextos geográficos y disciplinares distintos, dando lugar a diferentes vertientes y conceptualizaciones que hoy constituyen referencias imprescindibles en esta área de estudios. Tal es el caso, por ejemplo, de los trabajos de Pierre Nora (1984, 1986, 1992) en Francia, de Jan y Aleida Assmann (1988, 2008) en Alemania o de Eric Hobsbawm y Terence Ranger (1983) y Paul Connerton (1989) en el Reino Unido, por sólo mencionar algunos de los más influyentes.

Con la emergencia de este tipo de estudios, una de las vertientes más exploradas sería precisamente la del papel de los medios en los procesos de configuración y transmisión del saber cultural; esto es, su participación como instituciones mediadoras, en el registro y la modelación del recuerdo colectivo. Sin embargo, el desarrollo de esta línea de investigación no ha estado exento de tensiones y prejuicios. Desde los ámbitos de la historia o la sociología, el análisis de los medios en cuanto instituciones de la memoria ha estado rodeada de cierto aura sospecha, fundada en, al menos, dos supuestos que ponen en duda la “validez” de los recuerdos mediáticos y la “legitimidad” de los medios en cuanto instituciones de la memoria colectiva.

Por una parte, como ha explicado Rigney (2005), las discusiones sobre la memoria en estas disciplinas se basaron, durante largo tiempo, en un modelo de “plenitud y pérdida”- implícito en la propuesta de Halbwachs-, que sitúa en la experiencia directa la fuente legítima e ideal de la memoria, y en la comunicación oral el vehículo auténtico para su transmisión. Desde esta perspectiva, la “plenitud” de la memoria se asocia a la conservación de experiencias “originales” y a su transmisión directa. La memoria se empobrece en la medida en que se aleja de la experiencia, de los recuerdos “vividos”. La fijación o el registro son necesarios para preservarla, pero- paradójicamente- contribuyen a su progresivo desvanecimiento, a la pérdida creciente de su autenticidad. Este modelo de “plenitud y pérdida” se inscribe en “una larga tradición que privilegia la autenticidad de la comunicación oral sobre la derivatividad de la escritura” y otras formas de fijación y circulación de mensajes, para la cual el recurso a fuentes de información “más allá de los individuos y grupos que recuerdan sus propias experiencias” son considerados “artificiales”, inapropiados o “inauténticos” (Rigney, 2005. p.p.- 12-13).

Además, la reticencia hacia los medios de comunicación como instituciones de memoria ha descansado también en prejuicios en torno a su estatuto cultural y en la

---

<sup>1</sup> Referimos aquí los años de la primera edición de sus obras fundamentales para el estudio de la memoria colectiva: *Les cadres sociaux de la mémoire* (1925) y *La Mémoire Collective*, que se publicó póstumamente, en 1950.

distinción- ya obsoleta en el campo de los estudios culturales contemporáneos- entre “alta” cultura y cultura popular. Así, “la relación entre la cultura de masas y las formas de entretenimiento y la memoria ha estado plagada desde los primeros años de la modernidad con el temor de que la memoria pudiera ser transformada, cooptada y apropiada a través de formas de cultura popular” (Sturken, 2008, p. 75). Esta aura de sospecha, basada en la presunta inautenticidad e ilegitimidad de la memoria construida en y a través de los medios, explica que, en buena medida, la reflexión sobre la memoria colectiva como memoria mediada haya estado frecuentemente “atravesada por preguntas críticas en torno a la autoridad, la veracidad y la confiabilidad” de las representaciones y relatos mediáticos (Garde-Hansen, 2011, p. 40).

A contrapelo de estos prejuicios y reticencias, en el ámbito particular de los estudios mediáticos estadounidenses y británicos, durante los años '90, la noción de memoria colectiva se convirtió en una especie de “piedra angular” en trabajos interesados en explorar la relación entre memoria, historia, audiencias y sociedad, “alrededor de temas como género, raza, clase e identidad nacional” (Garde-Hansen, 2011, p. 37). Sin embargo, la apropiación de esta categoría en los estudios culturales y mediáticos ha sido posible sólo tomando cierta distancia con respecto a la preeminencia otorgada por Halbwachs y sus seguidores a la oralidad, enfatizando el carácter selectivo, re-constructivo y contingente de la memoria y afirmando el carácter intrínsecamente mediado de estos procesos.

A partir de este reposicionamiento, en estos campos la indagación sobre la relación entre memoria y medios de comunicación ha pugnado por apartarse de preocupaciones relativas a la precisión o la autenticidad de los recuerdos construidos por los medios y ha articulado la investigación sobre éstos con cuestionamientos críticos en torno a otros asuntos, como la construcción de relaciones de poder, la hegemonía o las identidades.

En un texto publicado en el número inaugural de la revista *Memory Studies*, en el año 2008, la investigadora norteamericana Marita Sturken realizaba un balance cualitativo de la emergencia de los estudios sobre memoria en el campo de los estudios culturales y mediáticos. En este análisis, Sturken (2008, p. 74) identificaba cuatro conceptos que, a su juicio, habían resultado clave en el enfoque de los fenómenos y procesos mnémicos desde estas áreas: tecnologías de la memoria, mediación, prácticas de memoria y consumo.

A nuestro juicio, de todos ellos el más relevante es el de mediación, puesto que ha sido central para el despegue de este tipo de estudios, que parten del supuesto de que la memoria a nivel individual y social, “se produce constantemente a través de, y es mediada por, las tecnologías de la memoria” y, por lo tanto, “que los recuerdos se experimentan y se producen a través de tecnologías”. Desde este enclave conceptual, la memoria ha sido concebida como un constructo “dinámico, contagioso y altamente inestable” y su análisis ha procurado dar cuenta de la compleja relación entre memoria personal, memoria colectiva y experiencia mediada (2008, p. 75). El concepto de mediación ha permitido, además, plantear “cuestiones relativas a la política de la imagen, debates sobre autenticidad y cuestiones de mercantilización y consumismo”, como rasgos particulares de la memoria en la modernidad (Sturken, 2008, p.76).

El concepto de prácticas de memoria, por otra parte, “ha tenido el efecto de devaluar la noción de que la memoria reside en los objetos de alguna manera y define la memoria más como un proceso dinámico que es el resultado de las prácticas de los individuos y grupos”. La práctica de la memoria es concebida como una “actividad que engloba, produce, reproduce e invierte el sentido de los recuerdos” y que destaca “la

dimensión activa (y por lo tanto, la naturaleza construida) de la memoria” (Sturken, 2008, p. 74).

Tal y como señala Sturken (2008), el desarrollo de estos conceptos- y su consecuente aplicación en la investigación empírica- ha estado profundamente relacionado con la adopción de la categoría de memoria cultural. Esta categoría, inicialmente propuesta por los historiadores alemanes Jan y Aleida Assman (1988, 1992) y posteriormente reapropiada y ampliada por otros autores (Erll, 2008; 2011; Rigney, 2005; Erll y Rigney, 2009; entre otros), ha sido una de las más extendidas en los estudios mediáticos y culturales sobre la memoria a escala internacional. A diferencia de la “memoria colectiva”- en la que el papel de los medios es abordado de manera más indirecta- el concepto de memoria cultural “se basa en la idea de que la memoria sólo puede llegar a ser colectiva como parte de un proceso continuo en el que los recuerdos se comparten con la ayuda de artefactos simbólicos que median entre los individuos” (Erll y Rigney, 2009, p. 1).

Esta perspectiva pone énfasis en que, para que sea “colectivo” y trascienda la experiencia individual aislada, el recuerdo debe ser culturalmente codificado, representado, y sometido a procesos de mediación. La mediación es una condición indispensable para que los recuerdos compartidos por un grupo o una comunidad adquieran su carácter cultural o social, así como para su transmisión a largo plazo (Rigney, 2005, p. 14). La memoria cultural no es un producto de la experiencia directa, sino de representaciones compartidas, se trata de una “recolección vicaria”, resultado de la comunicación pública y de la circulación de recuerdos a través de formas mediadas, incluso entre individuos que pueden no guardar una relación directa con los hechos rememorados (Rigney, 2005, p.p. 14-15). Podemos considerar entonces que uno de los aportes más significativos de esta manera de concebir y conceptualizar la memoria radica, precisamente, en colocar al centro del análisis de los fenómenos mnemónicos su carácter inherentemente mediado y su condición necesariamente simbólica e intersubjetiva.

Bajo el amparo de esta conceptualización se ha venido posicionando también una perspectiva de análisis que pone su atención en los procesos dinámicos de constitución de la memoria cultural en los medios de comunicación. Un presupuesto central para este enfoque es que la construcción de sentidos sociales sobre el pasado no se produce a través de representaciones o relatos aislados, sino a través de complejas dinámicas de mediación y remediación que involucran la participación de diversos medios y lenguajes. Se afirma que es a través de la reiteración inter o transmedial de determinadas representaciones o marcos de sentidos sobre el pasado que los medios se convierten en “agenda- setters” para el recuerdo colectivo (Erll y Rigney, 2009, p. 4) y que operan en el establecimiento del “consenso mnemónico” (Neiger, Meyers y Zandberg, 2011, p. 13).

Desde esta postura, el análisis se ha centrado en los procesos de remediación y transmediación que contribuyen al reforzamiento y la estabilización de determinados sentidos sociales sobre el pasado. Según plantean Erll y Rigney (2009, p. 2), este giro hacia las dinámicas de la memoria propiciaría “una nueva comprensión de los factores que permiten que ciertos recuerdos colectivos se hagan hegemónicos o, por el contrario, que permitan que memorias antes marginadas ganen prominencia en la arena pública”. Otra de las contribuciones fundamentales de esta perspectiva de estudios es que ha permitido reconocer el papel de los medios en la plasmación de modelos de recuerdo perdurables, capaces de trascender fronteras geográficas o contextos temporales determinados.

Tomando en cuenta la proliferación de estudios centrados en el examen de las múltiples y complejas relaciones entre memoria y medios de comunicación, los investigadores israelitas Motti Neiger, Oren Meyers y Eyal Zandberg (2011) han propuesto

el término de “memoria mediática” (*media memory*) como denominación genérica para reconocer una línea de estudios con identidad propia, que se encauza hacia “la exploración sistemática de pasados colectivos que son narrados por los medios de comunicación, a través del uso de los medios de comunicación, y sobre los medios de comunicación” (p. 1). Sin embargo, cualquier intento “totalizador” en este campo pareciera resultar infructuoso. Pese al carácter abarcador de esta categoría, su uso se ha encauzado más hacia la primera de esas dimensiones. En la práctica, más que desde conceptos abarcadores o posiciones teóricas homogéneas, la relación entre medios de comunicación y memoria continúa siendo explorada y analizada desde enclaves conceptuales disímiles, formulando nuevas tipologías y taxonomías.

En los últimos años, esta diversidad ha sido propiciada, además, por el estallido de algunas de las certezas y acuerdos mínimos que sostenían esta área de investigación. La extensión de tecnologías digitales y en red han traído aparejadas no sólo una serie de transformaciones importantes en cuanto a los modos de producción y las prácticas sociales de comunicación, sino también en cuanto a los procesos de memoria y olvido a nivel social. El fenómeno mismo ha cambiado, y sus mutaciones han desafiado tanto los límites del paradigma del *broadcasting*- predominante en el estudio de los medios de comunicación- como algunos de los supuestos fundamentales desde los cuales se ha enmarcado el estudio de la memoria.

### 2.1.2. ¿“¿Nuevos” medios, “nuevas” memorias? Tensiones que definen un fenómeno emergente

La memoria se configura en procesos de comunicación y, por lo tanto, está mediada por el lenguaje, y por los medios y tecnologías de fijación, producción y distribución de mensajes accesibles y existentes en cada época histórica. “Lo que se recuerda de forma individual y colectiva depende, en gran medida, de las tecnologías de la memoria y de las prácticas socio-técnicas asociadas a éstas, que están cambiando radicalmente” (Van House y Churchill, 2008, p. 296).

Bajo la premisa de esta relación constitutiva, la reflexión y la investigación sobre medios y memoria ha tratado de elucidar cómo el rasgo del ecosistema comunicativo contemporáneo ha implicado también transformaciones importantes en los modos de construcción de la memoria. Ha ido en aumento el interés por conocer el modo en que los procesos de digitalización e interconexión asociados a la web 2.0 están redefiniendo y transformando nuestra relación con el pasado y las dinámicas de construcción de la memoria. Esta línea de investigación emergente- englobada bajo la etiqueta de Digital Memory Studies- ha cobrado relevancia, fundamentalmente, en países como Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania, Holanda e Italia, y comienza a tomar fuerza más recientemente en Iberoamérica.

Mucho se ha escrito, reflexionado e investigado en torno a las singularidades de la memoria en entornos digitales y en red. Las descripciones son dispares, y abordan aristas diferentes (a veces, contrapuestas) de un fenómeno sumamente complejo. Sin embargo, todas ellas parten de un presupuesto común, que puede sintetizarse de la siguiente manera: la mediación digital ha traído consigo una serie de cambios en las dinámicas sociales de recuerdo y olvido. Más allá de descripciones generales que esbozan una relación casi obvia entre las transformaciones tecnológicas y comunicativas y los procesos de memoria a nivel social, conviene puntualizar, entonces: ¿qué diferencias introduce la digitalización y la Web 2.0 en las dinámicas de producción y circulación social de la memoria?

En un intento de responder a la pregunta de qué es realmente nuevo acerca de los medios emergentes y la configuración de la memoria, el investigador británico Andrew Hoskins sostiene que el recuerdo y el olvido en el ecosistema mediático actual se definen en la tensión entre “estados paradójicos de permanencia y obsolescencia, de empoderamiento y pérdida de control, y de estabilidad y volatilidad” (2016a, p. 14). Éste puede ser un buen resumen para sintetizar los principales ejes en los cuales se ha procurado describir las singularidades de la memoria en entornos digitales y en red.

La tensión entre permanencia y obsolescencia está directamente relacionada con las posibilidades de registro y almacenamiento que proporcionan las nuevas tecnologías digitales. Los procedimientos para el registro de la memoria solían ser, en otros tiempos, mucho más costosos y complicados. Dispositivos como la cámara fotográfica, por ejemplo, requerían no solamente de cierto poder adquisitivo, sino también de ciertas habilidades técnicas para su operación. Sin embargo, gracias a la digitalización y la convergencia tecnológica, equipos de uso común como los teléfonos celulares han abaratado y simplificado estos procesos. Los sujetos tienden compulsivamente a dejar registro de su cotidianidad y de acontecimientos del tiempo presente. Se generan grandes volúmenes de información, que es conservada en dispositivos o servicios de almacenamiento virtual o, incluso, compartida en la red. Estas prácticas -simples y cotidianas para muchos usuarios de internet- suponen varias implicaciones importantes en términos de la memoria. La primera de ellas se vincula con la cuestión del archivo, a la (im)posibilidad de conservación de los grandes volúmenes de información registrados, así como a las posibilidades de acceso y recuperación de éstos.

Para Schwartz (2014, p. 9), la afirmación de la capacidad ilimitada de almacenamiento en la Web está en la base de una de las descripciones relativas a la singularidad de la memoria en la era digital: la “tesis del mundo sin olvido”. Esta tesis afirma que, debido al incremento exponencial de los volúmenes de información digital, hemos perdido, socialmente, nuestra capacidad de olvidar. La memoria se externaliza en dispositivos o servicios de almacenamiento y los registros son, potencialmente, permanentes y recuperables. El riesgo de no olvidar radica en que el repertorio de vestigios, evidencias o inscripciones del pasado sería “total”, de modo que todo el pasado reciente (o todo registro del presente para la memoria futura) podría ser convocado.

Al mismo tiempo, paradójicamente, la susceptibilidad de modificación y de eliminación de los registros digitales conducen a la incertidumbre con respecto a su perdurabilidad. Autores como Hoskins, Garde-Hansen y Reading (2009) coinciden en que muchos registros de memoria en la era post-difusión masiva son susceptibles de ser eliminados; sin embargo otros, aun cuando estén abiertos a la remodelación por su exposición pública, pueden ser resistentes a la desaparición total. El debate se extiende también hacia la obsolescencia de los registros digitales. El hecho de que éstos estén potencialmente disponibles no implica, necesariamente, que sean utilizados o reactualizados. Existen distinciones importantes entre el acto de “registrar” y el acto de “recordar”. Cada día registramos más información, que depositamos y almacenamos en dispositivos digitales, en los que “exteriorizamos” nuestra memoria; pero ello no es garantía de que la información acumulada se reactualice en prácticas posteriores de memoria. La capacidad de almacenamiento de internet potencia el archivo (memoria pasiva) pero no necesariamente su recuperación o activación en actos públicos o privados de recuerdo.

En síntesis, la tensión entre permanencia y obsolescencia puede expresarse de la siguiente manera: potencialmente, todo el pasado reciente se torna “accesible” y los registros del tiempo presente constituyen un archivo- también potencialmente- ilimitado

para el futuro. Sin embargo, los archivos digitales son también dúctiles y frágiles, pueden ser modificados o eliminados con facilidad. Por lo tanto, las posibilidades de almacenamiento no garantizan la permanencia de los registros. Más aún, la sobreabundancia de estos últimos supone serias dificultades en términos de gestión de los archivos, una “sobrecarga curatorial” que se refiere a las dificultades para organizar y recuperar el elevado cúmulo de información (Van House y Churchill, 2008). Los archivos pueden tornarse obsoletos, pues, aunque permanezcan, corren el riesgo de no ser usados, de no ser reactualizados o reactivados en prácticas memoriales. Nos situamos entonces frente a la paradoja en torno a si el desarrollo de las nuevas tecnologías contribuye en la misma medida al olvido colectivo o a la conservación de la memoria a nivel personal y social.

La tensión entre empoderamiento y pérdida de control está estrechamente asociada a la intervención de los sujetos en cuanto “prosumidores de la memoria”. Una de las dimensiones fundamentales del cambio cultural aparejado a la emergencia de las tecnologías digitales y la web 2.0. radica en la creciente autonomización de las audiencias y su participación en la producción cultural contemporánea. Jenkins (2008) ha propuesto la categoría de “cultura de la convergencia” para denominar esa transformación en las lógicas y en las dinámicas de operación cultural. Se trata, según este autor, de un proceso en marcha, que “no tiene lugar en los aparatos, por sofisticados que estos puedan llegar a ser”, sino de una transformación que se produce “en el orden de los protocolos culturales”. La cultura de la convergencia se caracteriza por la participación, la colaboración, y la activación de la “inteligencia colectiva”, un tipo particular de conocimiento que emerge de la interacción coordinada de miembros de comunidades en pro de metas y objetivos comunes (Lévy, 2004).

En este contexto, las prácticas de producción y consumo de la memoria se han autonomizado: los prosumidores participan no sólo en la creación y difusión de contenidos culturales, sino que también intervienen y colaboran en la construcción de la memoria colectiva (Bartoletti, 2011). Por una parte, la disponibilidad de información en la web y las facilidades que ofrece en términos de búsqueda y recuperación de información amplía potencialmente el acceso al pasado. La información sobre éste (datos, registros, investigaciones previas) se sitúan al alcance de un click para cualquier sujeto interesado. Esto supone una mayor independencia con respecto a instituciones tradicionalmente encargadas de la preservación de archivos o de conocimiento, como los museos, las bibliotecas o las universidades.

Por otro lado, “los recuerdos no sólo se consumen, sino que “se producen de forma creativa, participativa y descentralizada” (Ferron y Massa, 2014, p. 25). Los sujetos intervienen tanto como productores de registros (imágenes, testimonios, etc.) del presente para la construcción de la memoria en el futuro, como en la elaboración de representaciones y narrativas sobre el pasado. En este sentido, es posible identificar un conjunto específico de modos de apropiación de la red -páginas memoriales, comunidades y grupos en redes sociales, entre otros- abocados al “trabajo de la memoria”, esto es, a un conjunto de prácticas sistemáticas, intencionales “en y a través de las cuales el pasado es expresiva y conscientemente representado, interpretado y discursivamente negociado” (Lohmeier y Pentzold, 2014, p. 779). En este amplio conjunto de prácticas, que comprenden desde la creación de archivos digitales, la curaduría de contenidos, la creación de relatos y el remix, los prosumidores participan en la creación y difusión de contenidos culturales centrados en el rescate y la (re)presentación del pasado colectivo.

Estas prácticas -que se producen en y a partir de la participación y la colaboración entre iguales- entrañan un potencial democratizador y favorecen la formación de una memoria “no elitista”, conformada por un “lenguaje personal y a la vez público, afectivo e

impulsado por cualquiera y todos” (Garde-Hansen, Hoskins y Reading, 2009, p. 9). La web propicia la contraposición, el intercambio y la negociación de representaciones divergentes del pasado, y la memoria se construye “a partir de redes horizontales de comunicación interactiva” que evidencian “cómo emerge el significado en el diálogo, mostrando que la cultura no tiene un centro estable, sino que procede de varios nodos” (Pentzold, 2009, p. 262). En todos estos aspectos, ofrece entonces, oportunidades o habilitaciones significativas para el empoderamiento de los sujetos y grupos sociales en cuanto agentes activos en la construcción de sentidos sobre el pasado.

Sin embargo, en contraparte, se produce también una pérdida de control que puede entenderse en varias dimensiones. En primer lugar, de las instituciones que han detentado históricamente el control sobre la memoria y que han fungido como “administradoras” del recuerdo y el olvido a escala social. La proliferación de relatos de memoria diversos implica también un descentramiento con respecto a narrativas hegemónicas del pasado, una pérdida de control en torno a qué y cómo debería ser recordado, y supone además, preguntas en torno al “lugar de la verdad, la exactitud y la autenticidad” (Kidd, 2009, p. 168). Para los biógrafos, historiadores e investigadores del futuro, será un reto el estudio de estas prácticas.

En segundo lugar, se produce también una pérdida de control sobre los registros producidos por los sujetos, sus alcances, perdurabilidad y potencial circulatorio. En esta dimensión, la pérdida de control está directamente vinculada con el emborronamiento de las fronteras entre lo público y lo privado: “la representación e historización de la vida de las personas se ha transformado” (Hoskins 2009a, p. 102), lo cual ocasiona que nuestras biografías se escriban constantemente en formatos digitales y dejen huellas que pueden ser (potencialmente) imperecederas. Las amplias posibilidades de compartir con otros, nos sitúa ante el fenómeno de la exposición, que según Hoskins (2009a) comprende la presentación y difusión de todas las cosas, privadas o no, voluntaria o involuntariamente, planificada o accidentalmente.

Este fenómeno de la “exposición” está en la base de otra de las descripciones sobre las peculiaridades de la memoria en entornos virtuales identificadas por Schwartz (2014): la “tesis de la conectividad”, que defiende que el nuevo tipo de memoria construido en la web social está determinado por la estructura de la red digital y por su permanente conectividad. Esta nueva forma de memoria trasciende entonces la frontera tradicional entre memoria privada o personal, y memoria pública o colectiva, puesto que cualquier objeto de memoria o archivo personal puede ser difundido en red, y adquirir de ese modo un carácter público.

Sin embargo, la exposición produce también una pérdida de control sobre el olvido: los registros e impresiones personales están sujetos a una emergencia potencial, pueden estar “disponibles para emerger, literalmente, sin advertencia en algún punto del futuro”; los sujetos abandonan toda certeza en cuanto a “los límites o la duración de una imagen, un objeto o una cuenta” y pierden “toda capacidad de intervenir o modificar sus parámetros o trayectorias” (Hoskins, 2016, p. 17). De este modo, paradójicamente, el empoderamiento -entendido en términos amplios como la posibilidad de “ser y de participar”- en estos entornos digitales entraña, al mismo tiempo, una cesión, un abandono del control sobre los registros u objetos producidos y compartidos.

Por último, la aparente estabilidad de los archivos -dada su permanencia potencial en la red- contrasta con la volatilidad de la memoria que se construye en estos entornos y configura la última de las tensiones señaladas por Hoskins (2016a). La idea de que la memoria digital es volátil- mudable, inconstante- constituye el núcleo de otra de las descripciones que Schwartz (2014) denomina como la “tesis de la memoria flexible”. Esta

descripción enfatiza en la ductilidad como característica fundamental de las memorias digitales. Pese a que pueden ser considerados mucho más estables en cuanto a su perdurabilidad y disponibilidad, los objetos digitales son mucho más fáciles de modificar, remezclar o alterar. Por lo tanto, la memoria digital se distingue, según esta tesis, por su escasa fijación y estabilidad.

A la ductilidad de los registros, Hoskins (2009b) añade también otra variable: las lógicas de participación y actualización constante que sostienen la web social estructuran un tipo de memoria “fluida, desterritorializada, difusa y altamente revocable” (p. 29), sometida a un proceso continuo de ampliación y modificación. Desde su perspectiva, se trata de una memoria distribuida a través de nuestras prácticas sociotécnicas; una memoria “on the fly”, construida y (re)construida continuamente, sobre la marcha y que, por lo tanto, “adquiere nuevas características con y en cada momento que pasa” (p. 94).

Todas estas tensiones dibujan un panorama complejo para la investigación de los fenómenos mnemónicos en el ecosistema digital contemporáneo. No se trata de asumir irreflexivamente posturas de criticismo extremo que niegue las potencialidades que la red y la digitalización han habilitado; pero tampoco de practicar un optimismo ingenuo que desconozca sus implicaciones y riesgos. Como el Jano bifronte de los romanos, cada una de estas habilitaciones supone también su contraparte. Se trataría, en cambio, de aceptar la necesidad de poner en cuestión nuestras propias certezas y de admitir que “quizá tengamos que repensar cómo concebimos la memoria; que estemos cambiando lo que consideramos como “el pasado”; y que los actos de evocación y de recuerdo, en sí mismos, estén cambiando” (Garde-Hansen, Hoskins y Reading 2009, p. 1).

## *2.2. Otros marcos, otras miradas: enfoques en la investigación sobre memoria, medios y tecnologías de la comunicación*

Una de las consecuencias derivadas de las transformaciones descritas ha sido el quiebre, la fisura de algunos de los marcos de referencia fundamentales en el estudio de la memoria (en general), y de las relaciones entre medios, tecnologías de la comunicación y memoria (en particular). Estos marcos de referencia estuvieron basados en oposiciones binarias entre ámbitos, niveles y dimensiones de análisis aparentemente distinguibles y analíticamente separables, como lo individual y lo colectivo, lo nacional y lo global, las prácticas y los objetos, o la producción y la recepción. Además, estos enfoques solían partir de posiciones o enclaves disciplinarios que, privilegiando una mirada sociocultural sobre los fenómenos y prácticas de memoria, dejaban de lado otras dimensiones importantes para su comprensión y análisis.

En contraste, algunos de los enfoques que emergen para tratar de dar cuenta de las “nuevas” relaciones entre medios, tecnologías y memoria se caracterizan precisamente por proponer miradas descentradas de esas dicotomías, que enfatizan no tanto en la separación, sino en la convergencia entre estos distintos ámbitos, niveles y dimensiones de análisis, así como en la hibridación de enfoques socioculturales con perspectivas cognitivas, psicológicas, tecnológicas, entre otras.

A continuación, recuperamos algunas propuestas teórico- metodológicas que atienden a las singularidades de la memoria en relación con las tecnologías digitales y en red. Consideramos que pueden constituir enfoques útiles para superar algunas de las dicotomías tradicionalmente predominantes en este campo.

### 2.2.1. De la mediación de la memoria a los recuerdos mediados

La ubicuidad de las tecnologías digitales y su penetración en las prácticas cotidianas han guiado a autores como José van Dijck (2004; 2007) a plantear nuevas categorías para pensar sus repercusiones en la construcción de la memoria y la identidad. van Dijck, profesora de Estudios Comparativos de Medios en la Universidad de Ámsterdam, Holanda, toma como eje la categoría de “recuerdos mediados” (*mediated memories*), para designar aquellas “actividades y objetos que producimos y de los cuales nos apropiamos a través de las tecnologías de los medios de comunicación, para crear y recrear un sentido del pasado, el presente y el futuro de nosotros en relación con otros” (van Dijck, 2007, p. 21).

En la propia formulación de esta categoría se indican ya algunos desplazamientos importantes: la autora se posiciona desde una escala centrada en los sujetos como “agentes individuales, productores activos y coleccionistas de recuerdos mediados” (2004, p. 273), y no en la memoria colectiva como constructo más abstracto y totalizante. Al enfatizar en la mediación al nivel de los actos individuales de recuerdo, esta categoría procura hacer visibles las interconexiones entre lo individual y lo colectivo, entre el “yo” y la sociedad en los actos de memoria. Propone entender los recuerdos mediados como una forma de memoria cultural personal:

Al utilizar el término “personal” en relación con la memoria cultural, esto indica la imposibilidad de aislar al individuo de su contexto material y de la cultura en general. *Mutatis mutandis*, cuando se habla de memoria cultural colectiva, el término explica de manera inherente a los individuos que crean esa colectividad ya través de cuyas experiencias y actos se constituye la cultura (van Dijck, 2004, p. 268).

La categoría de recuerdos mediados responde entonces a la “necesidad de una herramienta conceptual interdisciplinaria que tome en cuenta que las nociones de “personal” y “cultural” son los hilos que unen la textura de la memoria: pueden ser distinguidos, pero nunca pueden ser separados” (p.6). De este modo, desafía y recompone los límites conceptuales establecidos entre ambos dominios, el de la esfera individual, privada y el ámbito de lo colectivo o público en el estudio de los procesos de recuerdo. Los recuerdos personales (textos/ objetos) habilitan no sólo el recuerdo del pasado, sino que también estructuran relaciones entre individuos y grupos y establecen tensiones de significación concurrentes entre lo privado y lo público:

Los recuerdos mediados son a la vez personales y colectivos; como actos de memoria

a, involucran a los individuos en su lugar en la historia, definiendo el recuerdo personal frente a marcos culturales más amplios. Los individuos hacen selecciones de una cultura que los rodea, pero al mismo tiempo forman esa colectividad que llamamos cultura. (...) La mediación de la memoria es un proceso cultural desarrollado por diversos agentes -individuos, tecnologías, convenciones, instituciones, etc.- cuyos actos y productos debemos examinar en las tensiones entre la individualidad y la colectividad (2004, p. 275)

La autora propone superar la concepción de los medios de comunicación como instrumentos externos que modelan y construyen representaciones del pasado a nivel social para avanzar hacia su consideración como recursos o herramientas de memoria activa (2004, p. 262). Desde su perspectiva, la relación entre la memoria y los medios y tecnologías de comunicación debe ser comprendida como mutuamente constitutiva: no sólo la memoria está mediada por los medios, sino que medios y memoria se transforman entre sí” (van Dijck, 2007, p. 21). Por lo tanto, la “mediación de la memoria” refiere tanto a la comprensión de los medios de comunicación en términos de memoria, como a la

comprensión de la memoria en términos de medios de comunicación” (van Dijck, 2004, p. 272).

Desde la invención de la escritura, los medios se han convertido en nuestras principales herramientas de recuerdo y han adquirido cualidades constitutivas en la forma en que enmarcamos nuestras vidas. Este proceso se ha profundizado aún más con la extensión de dispositivos digitales y conectados. En este contexto, “la memoria y los medios están entrelazados más allá de cualquier distinción posible” y, en consecuencia, “la memoria puede llegar a ser menos un proceso de evocación que una habilidad topológica, la capacidad de localizar e identificar piezas de cultura que identifican el lugar del yo en relación con los demás” (van Dijck, 2004, p. 272).

Los recuerdos mediados, aclara, no sólo son habilitados por las tecnologías, sino que están encarnados también en la mente y son configurados en el contexto cultural: son “dispositivos a través de los cuales los seres humanos tratan de establecer sus propias identidades frente a sus entornos cercanos y lejanos” (van Dijck, 2007, p. 168). Para esta investigadora, las fotografías y videos, correos electrónicos y blogs en los que reflejamos los momentos significativos de nuestras vidas, constituyen “tanto medios de reflexión y de auto-representación como de comunicación” (van Dijck, 2007, p. 169).

La mirada al contexto social y cultural en combinación con los aspectos neurobiológicos y tecnológicos es otro de sus aportes al área de estudios de la memoria. Su reflexión invita al entendimiento de la formación de los recuerdos mediados a partir del nexo entre mente, tecnología y hábitos culturales. En este sentido, explora las nociones de marcos culturales y marcos mentales. “Los marcos culturales nunca son moldes estables en los que se vierta nuestra materia prima experiencias para salir de ellos como productos pulidos; son marcos a través de los cuales estructuramos nuestro pensamiento y contra los que inventamos nuevas formas de expresión” (van Dijck, 2007, p. 40). Los objetos y las tecnologías no sólo transmiten la memoria, sino que la informan y constituyen.

### *2.2.2. Global memory field: de la memoria digital sin fronteras*

Una de las tendencias más marcadas en el estudio de la memoria ha sido su perspectiva limitada a las fronteras de lo nacional (Erl, 2011). Sin embargo, progresivamente se han ido abriendo paso nuevos enfoques centrados en la movilidad, la circulación y la transferencia del recuerdo a escalas transnacionales y globales. En esta reorientación se inscribe la propuesta de la investigadora británica Anna Reading (2011; 2012; 2016), profesora del Departamento de Cultura, Medios e Industrias Creativas, en la Facultad de Artes y Humanidades del King’s College London. Su perspectiva toma como sustento las teorías sobre la globalización para analizar la producción de memoria digital y en red, desafiando así el apego a conceptos que vinculan la memoria colectiva o compartida con fronteras nacionales, territorios o identidades de grupos específicos.

Reading aborda las relaciones entre medios, tecnologías y memoria a partir de un argumento central: las ecologías de los nuevos medios y la circulación de recuerdos a nivel global requieren de un cambio de paradigma, de una nueva conceptualización de la memoria que dé cuenta de los cambios sinérgicos y dialécticos que producen la digitalización y la globalización (2011, p. 241). Toma como enclave el argumento de John Urry (2007), quien enfatiza en la necesidad de un nuevo paradigma social que considere el papel axiomático de la movilidad en la constitución de la sociedad y la cultura (en Reading, 2011, p. 244). En el marco de esta concepción móvil y fluida de las relaciones sociales, la autora enfatiza en las trayectorias, dinámicas y movibilidades del recuerdo.

Propone entender las dinámicas de la memoria global como un campo: el campo de la memoria global- digital (*global memory field*). El término *global*, según explica la autora, proviene de la conjunción de términos diversos: reúne la palabra *global* con *bit* – abreviación de dígito binario, utilizada para designar la unidad mínima de información en la informática-. Pretende así reunir, en un solo término, “la combinación sinérgica de la dinámica social y política de la globalización, con la digitalización” (2011, p. 242).

La autora recupera también el concepto de “campo cultural” de Pierre Bourdieu (1993) como recurso para explicar las dinámicas de la memoria. El “campo de la memoria global- digital” puede ser comprendido como: “el campo como una lucha de los agentes de la memoria sobre el ensamblaje, la movilización y la valorización del capital de memoria” (Reading, 2011, p. 242). En este campo, “los agentes de la memoria, que incluye a individuos, pero también corporaciones, estados, instituciones de la memoria pública, periodistas, archivistas, educadores”, quienes “compiten para movilizar y asegurar el capital de la memoria” (2012, p. 33).

Desde su perspectiva, la memoria es conceptualizada como un ensamblaje dinámico de prácticas materiales y formaciones discursivas. Estos ensamblajes no son monolíticos o estables. En cambio:

Poseen múltiples trayectorias y conectividades transmediales no lineales, que pueden ser desiguales y contradictorias. Estas trayectorias atraviesan los binarios comunicativos convencionales, cuerpo / máquina, analógico / digital, público / privado; incluyen formaciones discursivas y prácticas materiales de prosumidores, de periodistas ciudadanos, así como de las organizaciones mediáticas y de las instituciones de memoria (Reading, 2011, p. 251).

Estas trayectorias, según Reading, pueden ser explicadas a través de seis dinámicas: transmedialidad, velocidad, extensión, modalidad, valencia y viscosidad (Reading, 2012, p. 33). La transmedialidad indica la posibilidad de que estos ensamblajes de memoria circulen y se transformen en y entre distintos medios; la velocidad refiere a la celeridad con que estos ensamblajes viajan y circulan a través de dimensiones algorítmicas, geográficas y culturales; la extensión designa el alcance de la circulación de estos ensamblajes; la valencia refiere a su capacidad de formar enlaces con otros ensamblajes de memoria; y la viscosidad, a la capacidad de resistencia interna de estos ensamblajes al flujo o al cambio. “Estas seis dinámicas pueden ser utilizadas como un marco analítico para revelar las emergencias y trayectorias de la memoria en el contexto de la comunicación digital y conectiva” (Reading, 2012, p. 34).

Estos ensamblajes dinámicos operan, además, a lo largo de dos ejes (vertical y horizontal), que enmarcan sus procesos de circulación y asentamiento. “Los recuerdos mediados de los acontecimientos pueden producirse personal y localmente, antes de moverse rápidamente, viajar y establecerse en múltiples y globalizados sitios dispersos emplazados dentro de diversos contextos locales” (Reading, 2011, p. 242). Por ejemplo: el registro inmediato de un acontecimiento puede circular como “testimonio móvil” entre iguales (sujetos prosumidores), viralizarse y extenderse globalmente más allá de las fronteras geográficas (circulación horizontal). También puede ser reapropiado y difundido a través de agencias noticiosas, medios de comunicación o de agentes de memoria estatales y corporativos. En este tránsito, los ensamblajes son sometidos a procesos de desterritorialización y re- territorialización. Por lo tanto, se trata de acentuar que:

No es tanto en el significado de una imagen discreta, o de un tweet particular que debemos centrar nuestra comprensión de la memoria en un mundo digital global, sino en

la importancia de las trayectorias y movilizaciones de las asociaciones de la memoria, desarrollando entonces modos de análisis que de alguna manera posibilitem la captación y comprensión de los movimientos, de los flujos de memoria y de la dinámica entre ellos (Reading, 2012, p. 24).

### *2.2.3. Memoria y mediatización: Nuevas ecologías de la memoria*

Andrew Hoskins, profesor e investigador del Colegio de Ciencias Sociales de la Universidad de Glasgow, en el Reino Unido, ha desarrollado, a lo largo de varios años, una crítica sostenida a los marcos de referencia que han orientado tradicionalmente el estudio de la memoria, mostrando su inoperancia para el análisis de las prácticas y procesos mnemónicos en entornos digitales y en red (2009a; 2009b; 2011; 2016a, 2016b). En particular, la crítica a las dicotomías conceptuales entre la memoria como proceso individual o constructo colectivo ha sido el detonante de su perspectiva analítica, que hibrida algunos de los postulados centrales de la “ecología de los medios de comunicación” y enfatiza en la noción de “conectividad” para revelar la complejidad de la memoria en estos entornos.

Para Hoskins, “el desorden de la memoria”, es decir, su concepción cada vez más extendida en términos de movilidad, inestabilidad y emergencia, debe entenderse como parte de “una tendencia general hacia la mayor conectividad de individuos y grupos (con ellos mismos, así como entre sí) en efecto parte de un archivo vivo después del giro conectivo” (2016b, p. 349). Este denominado “giro conectivo” consiste en:

El aumento masivo de la abundancia, la penetración y la accesibilidad potencial de las tecnologías digitales, los dispositivos y los medios que dan forma a una re-calibración en curso del tiempo, del espacio (y del lugar) y de la memoria de los individuos y los grupos, en la medida en que se conectan, habitan y constituyen redes sociales densas y difusas (Hoskins, 2016b, p. 349).

Según el autor, en estas circunstancias en que la conectividad se constituye como un “nuevo interlocutor de la experiencia”, se refunden entonces “las categorías mismas del individuo y del colectivo, así como su relación y límites”. Propone, en consecuencia, la categoría de “memoria conectiva” para designar la memoria como “emergente, modelada en la medida en que individuos y grupos se encuentran o interactúan con objetos, interfaces y otros, de manera continua” (Hoskins, 2016b, p. 349).

Su propuesta recurre a algunos principios básicos de la “ecología de los medios de comunicación” para tratar de iluminar las conexiones entre lo individual y lo colectivo, los niveles micro y marco, y los “nuevos” y “viejos” medios de comunicación. Un recurso para conectar analíticamente estos polos aparentemente opuestos consiste en “prestar una mayor atención al medio ambiente en el que el recuerdo y el olvido tienen lugar” (2016b, p. 353). En este sentido, recupera el concepto de mediatización, entendida como “el proceso por el cual la sociedad se somete cada vez más a los medios de comunicación o a su lógica” (Brown y Hoskins, 2010, p. 88). En lo que llama una segunda fase de mediatización, que se interconecta y se superpone a una primera referida a la era de difusión masiva, los medios continúan teniendo una marcada influencia en la conformación de los recuerdos, solo que ocurre de manera diferente. En esta fase de “fluidización de los contenidos y comunicaciones digitalizadas” que habilitan “nuevas conexiones horizontales, persona a persona” (Hoskins, 2009b, p. 41), el pasado se representa en “múltiples formas, flujos e iteraciones” que constituyen una “nueva ecología de la memoria” (Hoskins, 2016b, pp. 353-354).

Para estudiar las formas, flujos e iteraciones de la memoria en dicho contexto, Hoskins (2009b; 2016) toma como base los conceptos de “esquema” del psicólogo británico Frederic Bartlett (1932) y de “esquema de memoria” de Ernest Schachtel (1947). Define los esquemas como “una especie de marco y estándar que la mente forma a partir de experiencias pasadas y por las cuales nuevas experiencias son esperadas, medidas y también reflexivamente formadas” (Hoskins, 2009b, p. 36). De esta forma, las nuevas informaciones que llegan son constantemente comparadas con los referentes que ya existen. Los “esquemas” operan en la “convencionalización cultural”, es decir, en el uso de recursos culturales para modificar o transformar lo desconocido de manera que pueda ser acomodado dentro de un marco existente. Para alcanzar la convencionalidad, “las personas deben compartir esquemas, que son a la vez personales, ya que son los medios de organizar la experiencia, y colectivos, ya que están incrustados en los entornos culturales y materiales” (Brown y Hoskins, 2010, p. 189).

En particular, los esquemas de memoria-puntualiza- “son patrones de reconstrucción del pasado social y culturalmente determinados” (Hoskins, 2009b, p. 38). En el contexto de la ecología de la memoria, el esquema refiere entonces a una “configuración organizada” que opera en la mediación de la memoria:

A través de marcos o formas que son, a la vez, individuales y colectivas, personales y culturales, informales y formales. Podemos entonces ver los esquemas como los bloques de construcción por los cuales se cruzan diferentes modalidades para organizar y representar el pasado y así como las unidades de análisis para entender una ecología de la memoria (Brown y Hoskins, 2010, p. 94).

La mencionada segunda fase de mediatización ha propiciado según el autor, el surgimiento y desarrollo de ese nivel intersticial que denomina nueva ecología de memoria, una reinterpretación de la ecología mediática. En ese contexto, los esquemas de memoria no necesaria ni únicamente son presentados y construidos por medios de comunicación masiva como la televisión. Ante la permanente accesibilidad de los datos y capacidad de generación de información, los individuos se internan en la red y localizan o potencialmente pueden hacerlo, los elementos relativos a su pasado, al de sus grupos de pertenencia (Hoskins, 2009b).

Para comprender cómo funciona la distribución de la memoria en estas nuevas condiciones de temporalidad y espacialidad, Brown y Hoskins (2010) proponen examinar la “configuración organizada” de formas, flujos e iteraciones que se producen en la conmemoración a un suceso o evento determinado. De este modo, la memoria debe ser abordada “como un proceso que refleja y modela las tensiones y las transiciones de todo el “ambiente semiótico” en el cual los eventos son comprendidos y hechos relevantes a una determinada comunidad o grupo de personas” (Brown y Hoskins, 2010, p. 104)

El reto- afirma Hoskins- consiste en adoptar una “visión expandida” del recuerdo y el olvido e incursionar en la hibridación de territorios disciplinares diversos para dar cuenta de la memoria conectiva, ese “mundo de individuos y grupos que se encuentran e interactúan con objetos e interfaces” de un modo “situado, continuo y, sin embargo, predispuesto” (Hoskins, 2016b, p. 354).

### 3. Conclusiones

La memoria, en cuanto praxis, es en sí misma, un producto histórico, sometido a procesos de cambio, cuya constitución debe ser comprendida siempre en relación con los contextos situados en los que tienen lugar los procesos de recuerdo y olvido a nivel individual y social (Mendlovic, 2014). Una de las dimensiones centrales para su mutación a través del tiempo ha sido, precisamente, la de los medios disponibles para su fijación, circulación y construcción. La reflexión sobre la memoria también es un producto históricamente situado, cuya dinámica de transformación ha sido impulsada, en buena medida, por la necesidad de dar cuenta de las continuidades y emergencias del fenómeno mismo. Lógicamente, la relación entre la memoria y los medios y tecnologías de comunicación, así como los modos de conceptualizarla, deben ser pensados también en perspectiva histórica.

A lo largo de este texto hemos procurado trazar ese recorrido situándonos desde el nivel conceptual, y tratando de elucidar así los distintos modos en que se ha construido y abordado analíticamente la relación entre los medios y las tecnologías de la comunicación, y los procesos y prácticas de memoria. La construcción analítica de estas relaciones ha transitado desde el extrañamiento, la sospecha y la crítica en torno a la deformación de la memoria construida en y a través de los medios masivo hacia el reconocimiento de la mediación como proceso central para su constitución. Este movimiento ha sido, en parte, el resultado de la apropiación y reelaboración en el ámbito de los estudios mediáticos y culturales, de la noción halbwchsiana de “memoria colectiva”, así como de la hibridación de enfoques comunicológicos y culturales con otras perspectivas provenientes de la sociología, la historiografía y la historia cultural.

En este tránsito- de los medios masivos como “cooptadores” o “deformadores” potenciales hacia los medios y la mediación como constituyentes de la memoria- se han producido desplazamientos importantes que han trasladado la atención de los medios como productores de objetos de memoria, hacia las prácticas y los procesos de apropiación, hacia los sujetos como agentes de memoria, y desde los relatos aislados, a las dinámicas de mediación y remediación que se articulan entre ellos.

La comprensión de la memoria como fenómeno inherentemente mediado es el resultado, también, de un movimiento de expansión disciplinar. El cambio tecnológico ha propiciado que la centralidad de la dimensión comunicativa de la vida social se haga visible y adquiera relevancia analítica. Como apunta Livingstone (2009) la reflexión, en este campo, se ha desplazado:

De un análisis social en el que los medios de comunicación constituyen una entre muchas instituciones influyentes pero independientes, cuyas relaciones pueden ser útilmente analizadas, a un análisis social en el que todo está mediado y, en consecuencia, que todas las instituciones socialmente relevantes han sido transformadas, reconstituidas, por los procesos contemporáneos de mediación (p. 2).

La reflexión en torno a la comunicación se ha expandido también a otros terrenos, “tradicionalmente ocupados por otras disciplinas” (Livingstone, 2009, p. 3). El cambio tecnológico ha propiciado no sólo la transformación de las prácticas sociales de recuerdo, sino también la visibilización y problematización de la dimensión comunicativa de los procesos mnémicos. Y más aún, ha estimulado una reorientación sustancial en la comprensión misma de la memoria.

Por una parte, el reconocimiento de que los propios actos de remembranza han cambiado a partir de las nuevas condiciones socio-técnicas, ha impulsado otro desplazamiento significativo: la comprensión de la relación memoria-medios de comunicación desde perspectivas que involucran diferentes disciplinas de las ciencias sociales, las humanidades, las ciencias naturales y biológicas. Las recientes propuestas de van Dijck, Reading y Hoskins, invitan a la hibridación de aportes desde áreas tan dispares como la semiótica, la psicología, las neurociencias o la informática, en el intento de comprender las interacciones entre los sujetos y sus entornos en los procesos de construcción de memoria.

Por otro lado, la vieja inquietud ante la deformación o la inautenticidad de la memoria construida en los medios ha sido parcialmente reemplazada por la preocupación que, en el nuevo contexto tecnológico, generan la capacidad de que muchos y todos, en potencia, puedan contribuir a la construcción de memoria. Asimismo, se intensifica el debate en torno a la perdurabilidad de los recuerdos, ante el registro en dispositivos y servicios de almacenamiento cada vez más perecederos en cuanto a las posibilidades de conservación a través del tiempo.

Por último, la complejidad de los procesos y dinámicas de la memoria digital y conectiva han conducido a la problematización de la naturaleza misma del acto de recuerdo, a cuestionar las maneras en que éstos habían sido concebidos en términos de posiciones binarias entre lo individual, lo colectivo, lo privado y lo público, lo orgánico, lo inorgánico, lo local o lo global, los viejos y nuevos medios, y por lo tanto, a imaginar entonces nuevos modos de hacer visibles las múltiples articulaciones entre ellos.

## 4. Bibliografía

- Arthur, P. (2009). Saving Lives: Digital Biography and Life Writing. En: J. Garde-Hansen, A. Hoskins, y A. Reading (Eds.), *Save As ... Digital Memories* (pp. 44-59). Londres y Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Assmann, A. (2008). Canon and Archive. En: A. Erll y A. Nünning (Eds.), *Cultural Memory Studies: An International and Interdisciplinary Handbook* (pp. 97-107). Berlin y Nueva York: Walter de Gruyter.
- Assmann, J. (1988). (1995). Collective Memory and Cultural Identity. *New German Critique* 65: 125-133. <http://www.jstor.org/stable/488538> (2008). Communicative and Cultural Memory. En: A. Erll y A. Nünning (Eds.), *Cultural Memory Studies: An International and Interdisciplinary Handbook* (pp. 109-118). Berlin y Nueva York: Walter de Gruyter.
- Bartoletti, R. (2011). Memory and social media: new forms of remembering and forgetting. En: B., Pirani (Ed.), *Learning from Memory: Body, Memory and Technology*. Newcastle UK: Cambridge Scholar Publishing.
- Beiner, G. (2008). In Anticipation of a Post- Memory Boom Syndrome. *Cultural Analysis* (7), p.p. 107-112.
- Brown, S. D., y Hoskins, A. (2010). Terrorism in the new memory ecology: Mediating and remembering the 2005 London Bombings. *Behavioral Sciences of Terrorism and Political Aggression*, 2(2), pp. 87-107. doi: <https://doi.org/10.1080/19434471003597399>
- Connerton, P. (1989). *How Societies Remember*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Erll, A., y Nünning, A. (2008). *Cultural Memory Studies: An International and Interdisciplinary Handbook*. Berlin y Nueva York: Walter de Gruyter. y Rigney, A. (Eds.) (2009). *Mediation, Remediation and the Dynamics of Cultural Memory*.

- Berlin y Nueva York: Walter de Gruyter. (2011). *Memory in Culture*. Hampshire y Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Ferron, M., y Massa, J. (2013). Beyond the encyclopedia: Collective memories in Wikipedia. *Memory Studies*, 7(1), pp. 22–45. doi: 10.1177/1750698013490590
- Garde-Hansen, J. (2011). *Media and Memory*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Garde-Hansen, J., Hoskins, A., y Reading, A. (Eds.) (2009). *Save As . . . Digital Memories*. Basingstoke y Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria* (Baeza, M.A. y Mujica, M, trad.). Barcelona: Anthropos Editorial. (Obra original publicada en 1925).
- (2004). *La Memoria Colectiva* (Sancho- Arroyo, I., trad.). Zaragoza, España: Prensa Universitaria de Zaragoza. (Obra original publicada en 1950).
- Hobsbawn, E. y Ranger, T. (Eds.). *La invención de la tradición* (Rodríguez, O. trad.). Barcelona: Crítica. (Obra original publicada en 1983).
- Hoskins, A. (2009a). Digital networked memory. En: A. Erll y A. Rigney (Eds.), *Mediation, Remediation, and the Dynamics of Cultural Memory* (pp. 91–106). Berlin y Nueva York: Walter de Gruyter.
- Hoskins, A. (2009b). The Mediatisation of Memory. En: J. Garde-Hansen, A. Hoskins, y A. Reading (Eds.), *Save As ... Digital Memories* (pp. 27–44). Hampshire y Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Hoskins, A. (2011). Media, memory, metaphor: remembering and the connective turn. *Parallax* 17(4), pp. 19- 31. doi: <http://dx.doi.org/10.1080/13534645.2011.605573>
- Hoskins, A. (2016a). Archive Me! Media, Memory, Uncertainty. En: A. Hajek, Ch. Lohmeier y Ch. Penzold, (Eds.), *Memory in a mediated world: remembrance and reconstruction*. Hampshire y Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Hoskins, A. (2016b). Memory ecologies. *Memory Studies*, 9(3), pp. 348–357. doi: <https://doi.org/10.1177/1750698016645274>
- Huysen, A. (2002). *En busca del futuro perdido: Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Jenkins, H. (2008). *La cultura de la corvengencia de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Kansteiner, W. (2007). Dar sentido a la memoria. Una crítica metodológica a los estudios sobre la memoria colectiva. *Paisajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, (24), pp. 31-43. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2498068>
- Kidd, J. (2009). Digital Storytelling and the Performance of Memory. En: J. Garde-Hansen, A. Hoskins, y A. Reading (Eds.), *Save As ... Digital Memories* (pp. 167–183). Londres y Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Lévy, P. (2004). *Inteligencia colectiva. Por una antropología del ciberespacio*. OPS/OMS. Recuperado de <http://inteligenciacolectiva.bvsalud.org/public/documents/pdf/es/inteligenciaColectiva.pdf>
- Livingstone, S. (2009). On the mediation of everything: ICA presidential address 2008. *Journal of communication*, 59 (1), pp. 1-18. doi: 10.1111/j.1460-2466.2008.01401.x
- Mendlovic, B. (2014). ¿Hacia una “nueva época” en los estudios de memoria social? *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, LIX (221, mayo–agosto), pp. 1–23. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=42131174013>
- Neiger, M., Meyers, O., y Zandberg, E. (Eds.) (2011). *On Media Memory: Collective Memory in a New Media Age*. Londres y Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Nora, P. (2008). Pierre Nora en *Les lieux de mémoire* (Masello, L., trad.). Montevideo: Editorial Trilce. (Obras originales publicadas en 1984, 1986 y 1992)
- Olick, J. K. (2008). ‘Collective memory’: A memoir and prospect. *Memory Studies*, 1(1), pp. 23-29. doi: 10.1177/1750698007083885

- Pentzold, Ch. (2009). Fixing the floating gap: The online encyclopaedia Wikipedia as a global memory place. *Memory Studies*, 2(2), pp. 255-272. doi: 10.1177/1750698008102055
- Reading, A. (2009). Memobilia: The Mobile Phone and the Emergence of Wearable Memories. En: J. Garde-Hansen, A. Hoskins, y A. Reading (Eds.), *Save As ... Digital Memories* (pp. 81-95). Londres y Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Reading, A. (2011). Memory and Digital Media: Six Dynamics of the Global Memory Field. En: M. Neiger, E. Zandberg, y O. Meyers (Eds.), *On media memory. Collective memory in a new media age* (pp. 241-252). Londres y Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Reading, A. (2012). The dynamics of zero: on digital memories of Mars and the human foetus in the global memory field. *ESSACHESS. Journal for Communication Studies*, 5, 2(10), pp. 21-44. Recuperado de <http://www.essachess.com/index.php/jcs/article/view/166/169>
- Reading, A. (2016). *Gender and Memory in the Global Age*. Londres y Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Rigney, A. (2005). Plenitude, scarcity and the circulation of cultural memory. *Journal of European Studies*, 35(1), pp. 11-28. doi: 0047-2441/10.1177/0047244105051158
- van Dijck, J. (2004). Mediated memories: personal cultural memory as object of cultural analysis. *Continuum: Journal of Media & Cultural Studies*, 18 (2), pp. 261-277. doi: <http://dx.doi.org/10.1080/1030431042000215040> (2007). *Mediated Memories in the Digital Age*. California: Stanford University Press.
- Van House, N., y Churchill, E. (2008). Technologies of memory: Key issues and critical perspectives. *Memory Studies*, 1(3), pp. 295-310. doi: <https://doi.org/10.1177/1750698008093795>